

Obsesión Homicida

Arik Eindrok

Para **Roxana Elizabeth**,
la única razón para no estar triste en esta existencia absurda

*Obsesión homicida,
el único y verdadero deseo
del soñador suicida*

I

Entre más tiempo vivía, mayor era el asco que experimentaba hacia la humanidad, en especial hacia la mía. Solamente el amor y la poesía podían brindarme un alivio temporal, pues la agonía jamás se iría ya.

La razón para la inexpugnable infidelidad de sentimientos yace en la naturaleza de los pensamientos y en la sinceridad de los corazones en tormento.

La máxima que debe entenderse en todas sus metamorfosis emocionales es la siguiente: ningún ser humano, por puro y acendrado que se crea, puede proclamar la fidelidad absoluta; esto es, la fidelidad de cuerpo, mente y la unión de estos, o sea, el espíritu.

La infidelidad, como tantas otras cosas que se niegan por conveniencia social y por adaptación a las normas absurdas de la civilización, forma parte inmanente de las personas.

Hoy descubrí cuán engañado estaba, pues, aunque te amaba, tampoco podía mantener límpidos mis deseos de ajenos cuerpos.

Podría estar con alguien más de la manera que fuese, en el lugar más emotivo y placentero, en el universo donde no recordase tus tiernos besos, pero jamás podría enamorarme de nuevo.

El éxtasis sexual se alcanza con la persona a quien no se ama, sino con aquella

que en el fondo se detesta y que carnalmente se busca denigrar mediante las más violentas conductas.

Cuando se ama a alguien se termina por caer en un estado de sumisión sexual, lo cual bloquea el máximo placer imaginable. En cambio, cuando se fornicar a quien ninguna importancia sentimental tiene en el interior, se rebelan los blasfemos instintos de la lujuria en todo su esplendor.

Me sentía tan tímido contigo, pues te consideraba tan sublime como para ensuciarte con la repugnante injuria que significa el encuentro carnal para el espíritu.

Detestaría pensar que no existe ninguna otra razón para estar juntos que el sexo, pero todo cuanto somos tiende a desgarrar el nacimiento de este amor ahora ya balbuceante.

Pretender que se puede ser fiel es peor que fingir ser real.

Todavía recuerdo esos momentos en donde podía tener el control sobre mí mismo, donde no me atormentaban las fragmentaciones inherentes a mi alma. En ese entonces creía que podía estar a tu lado sin fallarte, sin herirte, sin llevarte a la complicada salvación de la muerte.

Absolutamente cierto, eso fue lo primero que mi intuición susurró cuando supe que me habías engañado. Totalmente razonable, fue lo último que mi sombra plasmó en mis pensamientos.

No voy a negar que tengo miedo de ser inútil contigo como siempre lo he sido,

pero al menos quisiera poder satisfacerte en el más banal sentido.

Las personas mienten cuando dicen amar y prometer fidelidad. Nadie puede rechazar lo más cercano a la verdad de su propia esencia cuando se purifican las garras del azar.

Viven los humanos en un error constante, reproduciéndose como consecuencia de los más bajos impulsos y de los más viles encantos. Lo realmente inconcebible es que una raza así pueda creerse superior al polvo que alimenta su sangre.

El sexo siempre fue tan extraño, estaba sumergido en un profundo estado de sumisión que bloqueaba el más mínimo ápice de satisfacción. Temblaba cada porción de mi cuerpo y se tambaleaba mi alma por las tinieblas de la insulsez cuando insistías con estupefacción para poseer mis besos.

No deseaba eso de ti, pues era algo que aquellos a quienes tanto detestaba glorificaban y hacían cada día. Yo solo quería amarte de un modo que trascendiera este mundo y que vivificara una nueva percepción en la unión de los espectros del amor.

Ya no podía desear nada, ningún irreal espejismo de placer carnal podía hacerme olvidar el sufrimiento que significaba ser un loco misántropo perdido en las grandes ciudades infestadas del rebaño infame, entre los abundantes y asquerosos monumentos humanos hacia la podredumbre y la degradación del espíritu.

Solo deseaba hallar un hogar entre tanta maquinación infame, un lugar donde poder descansar y morir sin necesidad de torturarme a mí mismo por odiar mi

existencia, por ser tan distinto en un mundo tan asqueroso donde sus habitantes parecían ya haber olvidado el cuestionamiento más sublime.

Otra volición sin sentido en la mente de una criatura a la cual le fascina engañarse a sí misma sin un ápice de razón. Pobre humano, tan afligido y consumido por dilemas morales que escapan a su insuficiente reflexión. Es incapaz de percatarse de la verdad que tan tenazmente se presenta ante su ciega caminata, ante el arroyo del cual requiere beber para revivir la auténtica forma de su naturaleza.

Es un espléndido engaño que el humano, en su tergiversada noción de la existencia, pretenda la fidelidad en todo sentido, cuando ni siquiera puede ser fiel a sí mismo y a su espíritu carcomido.

Traicionar a quien más se cree amar no es ningún pecado, sino la manera en que nuestra mente nos rememora lo que siempre hemos sido.

Pensar que solamente se puede amar a una persona se convierte en una falacia pintoresca desde el instante en que nos percatamos de que somos humanos, pues toda humanidad está irremediabilmente destinada a someterse ante los designios del cambio, sea carnal, emocional, sentimental o espiritual.

Es absolutamente aceptable anhelar otros labios, otras caricias, otras risas y otros brazos. El único responsable de tales encantos considerados como pecados en una sociedad sostenida por la mentira y la hipocresía es el miedo a mostrarse tan real y natural como el animal tan irracional que es por defecto el ser humano.

Con cuántos intentos fallidos por abrazar la imposible argucia de la fidelidad

las personas de este mundo absurdo comprenderán la triste y aciaga belleza que se parapeta en sus maltrechas consciencias: la poligamia.

Quien es infiel solo obedece los designios más naturales de la humanidad. Por lo tanto, quien se entrega a varios amores no hace, desde esta perspectiva, sino seguir el sendero más espiritual de acuerdo con su humana condición.

La honestidad y la moral son los más vomitivos artilugios que esta raza de humanos adoctrinados ha creído como sublimes verdades con tal de justificar mínimamente la naturaleza hipócrita y mundana que impera en sus lacerados corazones.

Tanto la iglesia como los gobiernos han promovido las conductas sumisas y familiares para mantener una pseudorealidad de control emocional sobre la población, mostrándose como los salvadores de las generaciones decadentes cuando son los principales factores que deberían destruirse.

Sin entender nada, sin sentimientos ni ninguna otra cosa que perturbara mi existencia vil y malsana. Así fue como salí esa noche con el interior roto y el corazón perturbado, buscando lo que fuese para sanar este dolor por un insignificante momento, para aplacar estos deseos excéntricos de suicidio que me atormentaron durante el sueño maldito que significa vivir sin amor ni compasión.

Y también así es como te encontré y contigo descargué todas las cicatrices de mi trastornada alma. Contigo hice el amor hasta morir y en asquerosa sombra reencarnar.

La intención de estar con otra persona no dependía enteramente de mí, sino de

ese otro yo que se apoderó de mi consciencia bajo los efectos de la droga mágica que atrofia el cielo divino. Lo más extraño era la incapacidad que me impedía oponerme, como si mis voliciones más puras fuesen exactamente estimuladas por aquello que se tachaba de malvado y aborrecible en la sociedad más absurda que se pudiese imaginar.

No quería lastimarte, pero tampoco podía evitar esos deseos tan incipientes de besar otra boca, pues solo ellos me habían mantenido vivo hasta el día de hoy. Eso, empero, lo comprendí cuando el fuego de nuestro amor se apagó, cuando esa llama exquisita y sublime solo se encendió nuevamente al agasajarme con su inquieta y atrevida silueta alucinante, misma que ocasionó el vacío en donde se pudrió nuestro decadente amor.

II

Estoy seguro de que ellos se engañan, me refiero a los humanos. Toda su historia es igual: solo un tropel de mentiras matizadas hermosamente para parecer creíbles y hasta dignas de ser obedecidas y tomadas como principios espirituales. No obstante, la mayor de aquellas falacias es la del amor, pues nada hay más preciso y liberador que la infidelidad y el daño hacia aquel a quien se cree adorar.

Cada vez que alguien se une a otra persona y promete tantas estupideces como el amor eterno y la fidelidad absoluta, dios se regocija en su trono al mirar a su absurda creación ir en contra de su propia naturaleza.

Si enamorarse de alguien más habiendo estado estúpidamente enamorado ya

una vez no representa la burla de los sentimientos más misteriosos y espirituales, entonces es que el humano aún no comprende su infinito sinsentido en el abismo de los infiernos que él mismo ha labrado, y donde está destinado a ser miserable y patético hasta el día del suicidio eviterno.

Un ser perdido entre un conjunto de idiotas, entre una barbarie de humanos poseídos por las más recalcitrantes y pútridas mentiras. Ese era yo la noche en que te encontré, y en que, ebrios y odiándonos a nosotros mismos más que al mundo, terminamos haciendo lo que nos condenó como humanos: entrelazando nuestros cuerpos y alucinando entre orgasmos endemoniados.

Tienes esa perversión que enciende todos mis vicios y me trastorna hasta la demencia poética donde convergen mis suicidios amados. Desde la primera mirada hiciste refulgir esa pasión que ya había perdido en mis años de estupidez y matrimonio, me hiciste recordar que el verdadero amor siempre proviene de la infidelidad, y que la pasión más sublime se nutre de los labios prohibidos.

Cuando estoy solo pienso en que así soy un poco menos infeliz, en que casarme fue la manera de glorificar el absurdo que me condena.

Desperté aterrado esa noche, pues los sueños ya no podían ser contenidos por más tiempo. Si no la asesinaba a ella, debía acabar conmigo para evitar la inverosímil acción de derramar su sangre tan pura y encendida. Yo quería asesinar a mi mujer para honrar así a todas las amantes a quienes ya había arrebatado el alma en cada noche de pasión voluptuosa y desinhibida.

Mientras se pierda el tiempo buscando el verdadero amor en casamientos sin sentido y procreando insulsamente más humanos que contribuirán al absurdo de la existencia, será imposible aceptar que la infidelidad es parte inmanente

de la humanidad, tan indispensable para sentirse vivo como respirar o morir.

Cuestionar los sentimientos de una criatura tan engañosa como el humano puede tornarse sumamente peligroso, en especial cuando se pretende amar a una persona con toda el alma, mientras el cuerpo suplica por regocijarse con otras pieles.

Al humano le falta solo una cosa para ser feliz en su miseria existencial: aceptar lo que más niega dentro de su mente, aquellos deseos que lo atormentan y difuminan los sublimes peldaños hacia la divinidad de la muerte.

La infidelidad de pensamiento es el estado más natural y real al que se reduce toda la historia del amor humano, supuestamente puro y eterno.

La fidelidad y el amor son meras quimeras, y, quien no lo crea así, es que no ha comprendido su propia naturaleza. El simple hecho de desear a otro ser, en el grado más mínimo posible, ya indica una contradicción en la promesa del insulso humano enamorado.

Algunos tontos suelen repetirse hasta el cansancio que aman con locura sin percatarse de que la única locura es creer que el humano puede amar.

El humano siempre es infiel hacia sí mismo. Ese es el axioma para rechazar cualquier falacia amorosa.

Desde que la moral se impusiera como un artificio engañoso para reprimir la sombra que devora las entrañas de los impulsos reprimidos en el humano, no ha quedado otro camino que el de mentir tanto como sea posible para

glorificar la verdad.

Para suprimir el alcance destructivo que tendría nuestro execrable y corrompido interior se ha inventado la repugnante argucia de la religión.

Ardiendo en la incertidumbre de los anhelos prohibidos se encendió la flama que disipó los temores que sometían al prisionero. Solo así, meditabundo y sin ninguna noción de inflamado dolor, consiguió alcanzar la purificación del amor: la infidelidad sin compasión.

De hecho, es hasta deseable para la mayoría de los humanos repugnantes el mantener amantes cuando se está casado. Esta actividad fortalece el daño mutuo que reciben las personas, y les obliga a tolerarse hasta fingir que no pueden vivir sin tocarse.

Ya no se trata de pensamientos, teorías, ideologías o percepciones, sino del inmortal deseo que se ha clavado en el centro de la bestialidad humana, de la almibarada sensación de bienestar inmarcesible que enloquece su eterna locura cuando se destruye a sí mismo en el acto de besar unos labios que son socialmente indebidos.

No es ninguna mentira, sino todo lo contrario. Pecar del modo que sea es hasta espiritual cuando las personas se acostumbran a la nauseabunda cotidianidad de la vida conyugal.

Por eso se buscan otras caricias, otros brazos y otras miradas, para apartar del corazón el vehemente deleite que sugiere la muerte. Sin la infidelidad, el suicidio sería parte natural del matrimonio, ese punto de escape para los tontos que cayeron trágicamente en el infierno del dolor donde yacen los restos de su

supuesto amor.

Él ya no la amaba, y ella a él tampoco; sin embargo, permanecían juntos porque era mucho más tolerable y hasta provechoso el pretender no lastimarse al besarse. Entre más se acercaban sus cuerpos, más lejanos se encontraban sus espíritus.

El daño era soportable, el mal estaba amortiguado, los besos eran el disfraz perfecto para un amor hace tiempo enterrado. Y, aun con todo eso, lo único que no concebían era separarse, pues habían aprendido a amar el daño que se hacían estando juntos, y eso era mejor que la soledad, la agonía y la muerte.

Dejar que la fragancia del suicidio se apodere de los pocos instantes de vida que me quedan es la manera adecuada para saborear esta tenue distorsión de lúgubre calidez y de tristeza desmesurada.

Aquella noche nuestras emociones se encontraron bajo la crepuscular silueta de la luna. Nos devoramos la boca y nos arrancamos la piel estando bestialmente ebrios, con el corazón totalmente desprovisto de sentimientos, con el interior tan apesadumbrado y carcomido por las máscaras de los aburridos principios morales.

Sabíamos a la perfección que no estábamos destinados a estar juntos, que entre ambos existía un abismo comparable solo al sinsentido de nuestra existencia romántica y mísera. Pero nada fue suficiente para evitar el intercambio, la dulzura que impregnaste en mi ser ha marcado, desde entonces, todos estos violentos cambios.

Hoy sé que no fuiste solo mi amante de una noche, sino el amor de mi vida; sí,

de una vida que nunca tuve ni tendré, porque esta patética historia entre tú y yo termina manchada de sangre... Nos condenamos para siempre.

Me encanta tu calidez, ese espacio en el cual me consuelas de una vida sin sentido, de un mundo tan extraño y absurdo como para desear permanecer en él. Tú, mujer de besos robados y tatuada con tétricas caricias ajenas. No sé si llorar, reír o simplemente dormir, pues al despertar odiaré saber que te has marchado hacia tu cueva, y que yo me quedaré en este infierno para pudrirme hasta el fin.

Atrevidos los seres quienes aceptan los deseos voluptuosos de sombras prohibidas, pues esos están más cerca de la verdad que quienes se encubren con las estúpidas normas de la sociedad.

Querer matar a quien se cree amar es la idea más sublime que pueda surgir en el miserable espectro de la limitada consciencia humana.

Al principio supuse que había enloquecido; o que, cuando menos, mi cabeza estaba parcialmente trastornada. No obstante, tras haber aceptado como parte intrínseca de mi ser tan excéntrica obsesión, pude conocerme mejor. Y pude saber que mi destino era el de un vil homicida.

Para este mundo absurdo donde la moral y el amor eran las mayores mentiras, podría ser yo un homicida. Pero estoy seguro de que haber asesinado a mi familia me convertiría, desde una perspectiva más pura y menos terrenal, en un ser superior, en un dios.

Me confundí cuando pensé que amaba a mi familia. Qué curioso comportamiento el del animal humano, de verdad es en lo más profundo de su

ser una bestia trastornada por deseos repugnantes y voliciones tan siniestras que jamás se atrevería a confesarlas ni siquiera a su más cercano acompañante.

III

Intenté contenerme cuanto pude, pero me excitaba hasta la demencia masturbarme sobre sus cadáveres, reírme humillándolos con injurias, regocijándome con el contacto de su sangre. Y, sin embargo, no podía evitar torturarme un poco, pero solo un poco, al recordar que esos cuerpos inermes y putrefactos alguna vez pertenecieron a los seres que más he amado.

Realmente estaba confundido, aunque no quería aceptarlo. El cuchillo cayó y en el exquisito brillo de su filo atisé el reflejo del monstruo en que me había convertido: un homicida que a su familia había destruido.

No tenía sentido ocultarlo por más tiempo: odiaba a mi mujer, sentía un inexplicable deseo de tomarla, sodomizarla, vapulearla y, finalmente, descuartizarla. Ninguna humillación hubiese bastado para tranquilizar la locura que me dominaba. Debía ser hoy el día en que su vida terminara, en que el último aliento de cada momento desagradable en mi existencia desapareciera sin dejar rastro.

Ya luego me encargaría de esos odiosos seres a quienes creía reconocer como mis hijos, porque a ellos tampoco los soportaba.

Eras tan bonita que tuve que matarte. No me lo tomes a mal, era necesario

para mantener nuestro amor intacto. Sabía que, de no hacerlo, algún día todo terminaría en tragedia, que me engañarías, que querrías probar las bocas de otros seres, las caricias de otros quereres. Pero ahora serás mía para siempre, pues, aunque tu cuerpo permanezca ensangrentado mientras lo abrazo, sé que podré tenerte así hasta mi muerte.

Qué bueno y hermoso sería intentar creer en el amor, el único impedimento para ello es la naturaleza tan sucia y bestial que por defecto envuelve al humano.

¿Para qué pretender que algo tan ilusorio como el amor puede tornarse real por más de un corto tiempo? ¿No sería mejor aceptar tajantemente que la naturaleza humana es la infidelidad, la lujuria y el egoísmo? ¿No es inclusive espiritual tener amantes, fornicar con putas, rechazar las normas de la sociedad y besarse con cualquiera que esté dispuesto a gozar?

Me entristece la humanidad y su ironía, sus vanos intentos por apegarse a superfluas leyes y principios morales supuestamente dictados por un ser superior. Y es aún más execrable y patético creer que siguiendo tales supercherías se tendrá un lugar en un reino más allá de este asqueroso mundo, o que el humano puede ser digno de admiración y respeto si obedece lo que otros le han impuesto.

Quisiera solo huir, escapar de todo este sistema vomitivo, de todas estas personas adoctrinadas y corrompidas por la pseudorealidad y la hipocresía, de estos infames rebaños que solo saben seguir órdenes y que viven bajo el yugo de religiones pestilentes y gobiernos repugnantes, que solo saben ser inútiles y anhelar dinero, materialismo y sexo.

Pero, lo que más detesto, después de todo, no es el exterior, sino yo mismo,

puesto que soy el irremediable producto de toda esa miseria, el ente donde se acumula la depravación y la estupidez de toda una raza maltrecha.

Quisiera alejarme de todo y de todos, pero, sobre todo, de mí mismo.

La corrupción del amor sería comprensible si el ser se conociese tal y como es en lo más oculto de su yo.

Era adicto a la infidelidad porque era lo único que le hacía sentir vivo. Y era incapaz de decírselo a su esposa porque sabía que él era el motivo para que ella siguiera viva.

La decadencia espiritual es una francachela, una invención de aquellos imbéciles que aún creen en una raza tan nefanda e ignominiosa como la humana. La verdad es que somos naturalmente decadentes, diseñados para adorar la vileza, la lujuria y el pecado; pero nos hemos negado a aceptar lo que realmente pensamos.

Nos hemos negado a mostrarnos tal cual somos, sin prejuicios, leyes, normas, mandamientos o castigos.

La libertad es el símbolo de lo que se considera actualmente malvado, es el comienzo del espíritu inflamado.

Nadie sabe por qué ni para qué está en este mundo, pero todos asumen que debe existir respuesta a estas interrogantes. De hecho, de ahí nace el sentido que se cree posee la vida humana.

No sé si realmente los humanos han desarrollado tan avanzado grado de estupidez, arrogancia y presunción como para suponer que sus miserables acciones tienden hacia un fin determinado.

El asunto era simple: ¿para qué y por qué vivir? Si no se podía responder esto antes de comenzar a vivir, entonces verdaderamente nada tenía sentido. Sin embargo, los humanos que habitaban este mundo nunca se preguntaban esto, solo se arrojaban estúpidamente al absurdo de su existencia, y esto parecía fascinarles por completo.

Y yo, que tanto me cuestionaba, terminé por amar la parte contraria, por aislarme con la soledad de mi alma y arrinconar toda mi vida en la sangre que escurría de mi garganta.

Me decían que meditara qué haría con mi vida. En el fondo, sabía que eran tonterías. No había nada que meditar cuando la única solución a este dilema absurdo era atravesar la puerta de los suicidas.

Por mi vida juraría que nunca experimenté sensación más placentera y exquisita que cuando me entregué a los impulsos en pleno derroche, que cuando renuncié a los principios inculcados por una sociedad decante e hipócrita donde reinaba la pobreza y la miseria, que jamás reí y gocé tanto como cuando me atreví a liberar mi verdadero yo, mismo que acabó por suplantarme y apoderarse de este títere sin escrúpulos que ya no ama nada ni sueña tanto.

No sé cómo caí en la obsesiva idea que me acompañó hasta la noche elegida para completar mi destino. Lo último que recuerdo es haber tomado el cuchillo y haber mirado con ternura sus rostros inocentes y cálidos, totalmente ignorantes de mi trastornado estado. Sobre todo, me ensañé con ella, con la

mujer que hacía ya mucho había amado, a la cual había entregado mi corazón, mi alma y mi vida, y que, sin embargo, me había traicionado...

Cuando recobré la consciencia y retomé el control de mi cuerpo, cuando mi mente se recuperó de aquel invasor que devoró mi razón por un tiempo, me percaté de que mis manos estaban manchadas de sangre y que, frente a mí, se hallaba sin vida la carne descompuesta de la familia que tanto amaba y repugnaba.

No me suicidaría luego de haber acabado con mi eterna amada, lo haría cuando realmente ya no me soportara, cuando ser el amante homicida me aburriera tanto como la vida.

El amor y la moral son las dos quimeras más representativas de lo que es la humanidad: un conjunto de seres acondicionados, esclavos de fantasías y gobiernos atroces, prisionero del sexo y el dinero, adoradores de la banalidad y el sinsentido.

Y, sin embargo, pese a la infinita repugnancia que habita en su interior, el humano cree regirse por la dulzura y la pureza del amor; cree, en su intrascendente percepción, poder mantenerse incorruptible ante el exterior, sin percatarse de que su interior es la fuente de su propia náusea.

Lo que la humanidad piense del bien y del mal me tiene sin cuidado; es más, me parece tan absurdo y funesto como la existencia misma de esta infame blasfemia llamada sociedad.

¿Cómo puede un ser, que no sabe de dónde viene ni hacia dónde se dirige, distinguir lo que es bueno de aquello que es malvado? ¿Cómo puede existir la

concepción de lo que es el bien y el mal en seres que ni siquiera comprenden su propia existencia?

Me parece que entonces tales conceptos han sido manipulados de acuerdo con los intereses de unos cuantos para someter al resto de idiotas que, deseosos de una ideología que rija sus asquerosas vidas y les prive de esa pesada carga que denota la libertad, han creído lo que sea con tal de no renunciar a las mentiras que tan parecido matiz tienen con la supuesta verdad.

Vive el humano ignorante y sin cuestionarse nada, pero así es feliz, así puede olvidarse por una vida de que su destino ya ha sido decidido por la sabia pluma en el pergamino de la muerte.

Era un hombre ya entrado en años, que había siempre cumplido con todos los estándares de la sociedad: buen padre, buen esposo, buen empleado y católico. Sin embargo, lo único que le atormentaba era que jamás había sido él mismo, que siempre tuvo que fingir ser lo que otros esperaban de él, y eso equivalía estar más muerto que vivo.

Tal vez por eso se quitó la vida bajo la luna gibosa en aquella navidad estrepitosa, no sin antes habérsela quitado a su esposa y sus hijos, mismos hacia los que sentía una profunda aversión y a quienes odiaba más que a su propia caterva de mentiras.

IV

Cuando el humano se descubra a sí mismo, cuando logre purificarse y desintoxicarse de todas las ideologías implantadas y de todos los repugnantes espejismos que distorsionan su percepción, entonces se percatará de su brutal y enfermiza naturaleza, una tan retorcida y malsana que seguramente lo primero que querrá hacer será quitarse la vida.

La muerte es buena, aunque demasiado misericordiosa y reconfortante para una bestia inmundada como lo es el humano.

Ellos nunca lo entenderían... esa fue la frase que me repetí toda mi vida, y realmente nunca me equivoqué. Los humanos no estaban preparados para vislumbrar tan complejas condiciones de incertidumbre, pues desde su nacimiento se les había doblegado la personalidad y se les había enseñado a ser miserables, a no ir más allá de las exigencias materialistas de este mundo pestilente y aciago que ha diseñado el humano.

Humanidad es lo que deseo despojar de mi esencia, pues es el impedimento que no logro superar por más divino y superior que sea mi pensamiento.

El homicida no podía evitar cierto instante de reflexión, pero pensaba que se sentía demasiado cansado de su depravación, de sus locuras y sus obsesiones. Ya habían pasado unos días desde que había asesinado sin saber realmente por qué a su familia, a la mujer que le había apoyado y amado, a esos pequeños niños que se había atrevido a traer al mundo.

Pero ahora eso no significaba nada, pues él los había liquidado sin sentido alguno, solo porque esa noche el asco de existir le había nublado la mente, haciendo que ese otro yo que tanto reprimía en mi interior surgiera finalmente. Y él fue débil, o quizás era lo que en el fondo también deseaba, y por ello no hizo nada para impedirlo. En fin, ya no podría postergar más la poesía

embriagante, ya no había marcha atrás.

Se mataría y también así acabaría con la bestia que rasguñaba la prisión interna, pero lo haría más por aburrimiento que por lo anterior. Sí, se quitaría la vida porque estaba cansado y ya no sentía placer quitándosela a otros; ahora debía probar la más excitante de todas las muertes: el suicidio.

Un ser que mata a su familia y luego se suicida realiza el mayor acto de amor hacia sí mismo y el prójimo, conquista el odio que abrumaba su interior y eleva su alma hasta el más bello cielo. Y esto es así porque comprende que la vida y la muerte carecen ambas de sentido, porque ha aprendido a desafiar su humano destino.

Bastaría de un momento a solas con mi verdadero yo para quitarme la vida, pero eso no pasará nunca, pues tengo tantas máscaras que ya no recuerdo cómo era mi rostro ni cómo es que soporto esta vida.

Nunca pensé que podría matar a alguien, menos a alguien que creía apreciar y amar, pero hoy sé que me engañaba, que era, en lo más sombrío de mi alma, lo que más deseaba, la razón por la que respiraba, matar era el motivo que mi existencia guiaba.

Un hijo que desea follarse a su madre y matar a su padre es un poeta de los más elevados desvaríos, y al mismo tiempo un ser que se muestra en toda su pureza, esparciendo sus verdaderos sentimientos y dándole a su mísera condición humana cierto sentido.

Estaba cavilando acerca del absurdo de la existencia y de pronto sentí deseos de matar a mi familia, mi amada, mis padres, mis hijos, mis amigos y a quien

fuera. También quise ser adúltero, infiel, incestuoso, necrófilo, sadomasoquista, sodomita, homosexual, blasfemo y demás monstruosidades condenadas actualmente en la sociedad.

Entonces supe, con cierto desconcierto y experimentando infinita lástima hacia mí mismo, que solo había querido ser yo, solo había deseado entregarme plenamente a mi naturaleza humana.

Matar es en realidad el instinto por defecto que los humanos poseen, inclusive por encima del de vivir y fornicar. Matar le da sentido a la vida de los humanos, pues satisface mejor que cualquier otra cosa la búsqueda de la verdad en esta mentira adornada como beldad.

El adulterio es algo incluso deseable para convertirse en un ser completo, así como el resto de las conductas tachadas como indeseadas debido a la hipocresía y la caterva de falacias que reinan en la civilización moderna. Es tan indispensable como matar y embriagarse, pues ayuda a descongestionar esa gigantesca sombra que encerramos en nuestro interior, permitiéndonos mostrar, aunque sea por poco tiempo, qué somos en realidad.

La mujer que se mantiene recatada y virginal le está haciendo un mal a la especie y se lo hace a sí misma, pues toda criatura en este mundo ha nacido solo para fornicar; o, al menos, ese es el único sentido del que podemos tener más pruebas y el más cercano a nuestra humana percepción de la verdad.

El incesto, como tantos otros deseos sexuales marginados, no es ninguna novedad. De hecho, es algo sumamente antiguo y paralelo a la psique humana. Es natural desear al padre o a la madre, o incluso a ambos, pues esa es la esencia que se ha impregnado en el fondo de nuestra carnalidad. ¿Cómo no excitaría al humano fornicar con su propia sangre, con el ente sexual del cual

proviene y con el cual experimenta una lujuria que, a la postre, le ha de trastornar?

Lo que pienso de la homosexualidad y el lesbianismo, así como de toda la gama de comportamientos y patrones sexuales que han surgido y continuarán haciéndolo en nuestra patética sociedad es algo que nada tiene de peculiar.

Solamente creo que se trata de las más evidentes pruebas para destrozarse definitivamente esas ridículas imposiciones morales y esos falsos principios mediante los cuales se intenta subyugar la verdadera naturaleza humana.

El ser, aunque carezca realmente de sentido y su existencia sea odiosamente miserable, tiene el derecho de vivir su sexualidad como mejor le plazca y con quien se le antoje, siempre y cuando dicha convivencia sea consentida.

Ver a dos mujeres teniendo sexo me excita mucho más que tener sexo con alguna de ellas.

Nadie es realmente heterosexual, esa es la fantasía que los psicólogos y psiquiatras, los peores en entender el comportamiento de la mente, han vendido a las personas. La heterosexualidad es una quimera, un cuento que se alimenta de la moral absurda y los valores ridículos que se toman por adecuados y deseables en la sociedad.

La verdad es que todos somos solo parcialmente heterosexuales, si así que le quiere ver. Siempre existe un grado en el cual nos sentiremos atraídos hacia uno u otro sexo, pero nunca se puede hablar de una atracción definitiva o absoluta hacia determinado género.

No obstante, si de pequeños nos enseñaron que debía atraernos el sexo opuesto, eso es lo que creeremos y con eso creceremos y viviremos, intentando obedecer los patrones configurados en nuestra psique, pero esto no tiene por qué ser así únicamente porque la sociedad así lo marque y lo enseñe, pues como se puede apreciar, y pruebas no faltan, lo que la sociedad entiende por bien y mal es una estupidez sin límites.

Es natural que a veces las personas sientan deseos, sexuales o no, afectivos o no, por alguien de su mismo género.

Algo que creo es que todos somos bisexuales, y que eso es lo más adecuado para una raza retrógrada como todos nosotros. Todos, alguna vez en nuestras vidas, deberíamos, por lo menos, besar a alguien de nuestro mismo sexo.

La infidelidad es la salvación de los matrimonios. Una pareja que cree en los inservibles principios de la moral y la fidelidad se escinde de manera natural ante los primeros golpes del desamor. En cambio, una pareja que fomenta, practica y acepta que el humano no es un ser que pueda desear, apreciar y amar únicamente a una persona, prosperará sin importar cuántas veces su relación se pueda tambalear.

Quien es infiel hace algo más allá del bien y del mal, algo más allá del pecado y el amor... se acepta a sí mismo como humano y acepta su condición natural.

Hay tantas cosas en esta sociedad hipócrita que se enseñan como inadecuadas, que aquellas realmente malvadas pasan desapercibidas y frecuentemente terminan siendo enseñadas como deseables para ser bueno y percibir la supuesta verdad.

No hay mejor madre que aquella que promueve el incesto desde temprana edad, pues así su hijo crecerá sin algunos de los atavismos absurdos de esta sociedad.

Ser infiel después de haberse casado es la manera más sana de fortalecer el amor de pareja.

Es más, si se quiere demostrar un mayor amor hacia el ser amado, es conveniente presentarle a aquellos que sirven a la infidelidad y que inflaman las pasiones fuera del hogar. Está de sobra decir que los hijos deben convivir con los y las amantes de sus padres sin ningún tipo de restricción.

Finalmente, de ser posible, tanto el hombre como la mujer deben buscar ellos mismos amantes para su pareja con el fin de acercarse lo más posible a la satisfacción conyugal, pues entre más infidelidad exista en un matrimonio, más felicidad se respirará.

V

Que alguien se case para evitar que le sean infiel es una de las más poéticas argucias en la que las personas pueden confiar.

Los celos son una broma de mal gusto, pues nadie tiene el derecho de exigir a otra persona fidelidad solo porque él cree que la puede dar.

Los infieles suelen ser las personas más interesantes. Y es verdad que, casi siempre, las y los amantes son mucho más concomitantes que aquellos seres con quienes se llevó a cabo la tontería de casarse y a quienes lo único que se les agradece es habernos jodido la vida.

Matar a alguien durante el acto sexual es la única manera de alcanzar la algidez orgiástica.

No tengo moral ni creo en nada de este mundo por la simple y sencilla razón de que todo ha sido diseñado para hacer al humano un esclavo. Yo te digo: sé libre, razona, cuestiona, reflexiona, purifícate de todas las influencias externas, y entonces verás que tu libertad es la única que siempre has mantenido presa bajo esa falsa e hipócrita moral. Si aceptas lo que eres, entonces tendrás la oportunidad de experimentar tu verdadera naturaleza.

No te asustes cuando vislumbres la crueldad y el sadismo del resto, mejor pregúntate qué harías cuando descubras hasta dónde puedes llegar si te atrevieses a liberar todos tus pensamientos.

La existencia es una constante mentira y una infame contradicción desde siempre. La prueba está en que siempre pensamos cosas que, por las imposiciones de esta sociedad hipócrita y con el dolor de traicionar nuestros más oscuros y perversos deseos, nunca hacemos.

Desearía poder dar un paso atrás, pero es tarde ya. La tormenta está a punto de terminar, y sé que mi final llegará. Mis manos están bañadas de sangre, de esa que también corre por mis venas, pues en mi conmoción a mis padres tuve que asesinar. Ahora solo me queda aventarme de ese edificio y dejar que mi sonrisa se desvanezca en el grito sepulcral de un suicidio con cual me he de inmortalizar.

La hipocresía y la mentira en el humano son infinitas, por eso existe el pensamiento, para ocultar aquello que deseamos, pero que no podemos realizar.

Liberarse de lo que debe ser puede considerarse como la tarea más sublime del humano en su actual estado de miseria y desasosiego, pues desprenderse de todo lo externo es la sensación más próxima para morir en vida.

Casi muero al recordarte, pero, por suerte, esta noche es cuando decidí que al suicidio debía entregarme.

Entre más cerca se encuentran las personas en el exterior, más daño se hacen en el interior. Ese es el principio fundamental de la imposibilidad del amor.

Un poema que pudiera atrapar toda la magia que percibo en la muerte, que pudiese redimir mis sentimientos de la catástrofe espiritual en la que se distorsionan todos los momentos durante los cuales la vida se ha tornado horrorosa.

Ningún tipo de arte bastaría para plasmar las demoniacas pasiones que has despertado en mi apesadumbrada alma cuando tus espectaculares labios me arrebataron el deseo de muerte.

Lo que requería para seguir viviendo era experimentar de nuevo esa sensación inflamante y exquisita que las personas llaman enamorarse. No me importaba cómo ni de quién, mientras pudiera, por un ínfimo periodo, sentir esa colisión de emociones torturando mi alma.

Sabía que mi existencia era tan miserable que ninguna otra cosa, salvo el amor, quizás, podía encender la llama que por tanto tiempo había permanecido apagada en este inevitable letargo.

Quería ser infiel porque era la manera de comprobar que aún vivía, y que, más allá de la monotonía del amor triturado que soportaba en el matrimonio con una persona a la cual ahora detestaba, podía yo ser feliz despojándome de los prejuicios de esta absurda sociedad.

El mundo ideal sería aquel donde los sentimientos estuviesen muertos, donde las personas solo se reunieran para tener sexo, y donde cada uno se sintiera feliz y contento con su soledad y su inmanente silencio.

Recordé lo bonito que había sido enamorarme, pero luego volví a la realidad inmutable de mi mísera existencia, donde cada día era más de lo mismo, más de mi condición humana la cual me mantenía preso en este calabozo de sueños rotos y desgastados.

Nunca esperé encontrar algo por lo que valiera la pena vivir, y cuando te encontré me confundiste tanto, me hiciste creer en ti más de lo que podía soportar mi endeble corazón.

Pero luego, cuando el velo del pasajero amor cayó, descubrí que el sendero cuya puerta ambos habíamos cruzado y el tiempo cuando juramos nunca más separarnos ya no era adecuado para los dos, pues me hallé divagando solitario y melancólico con la sombra del suicidio como mi único y eterno acompañante.

El vértigo me advertía que el instante de arrojarme a la nada se acercaba, pero

más que detestarlo lo adoraba, pues por última vez en esta insulsa vida saborearía esa dulce y siniestra sensación que sentí cuando me enamoré de ti.

Las reglas que se le han impuesto al humano no son las adecuadas para la libertad del espíritu, y por eso lo mejor que puede hacerse es desobedecerlas una y otra vez, aunque ello implique la muerte. Preferible es matarse antes que someterse al control de algunos cuantos cuyos intereses han atrofiado la razón de los rebaños, convirtiendo a la humanidad en una masa de imbéciles sin remedio que no perciben más allá del dinero y el beneficio propio.

Algunas veces mi insania llega a apoderarse por completo de mi cabeza, y esos momentos son los más sublimes de mi nauseabunda existencia, pues es cuando menos humano me siento.

La existencia de las personas no tiene ningún sentido, no va hacia ninguna parte. Lo que me desconcierta es averiguar si su muerte es también sumamente superflua.

Varias noches con insomnio, una botella que embriague mi percepción y tu inmarcesible recuerdo es todo lo que le queda a este loco, patético y pésimo soñador.

Mi único error fue haberme obsesionado con lo que jamás podrías darme, haberte soñado en la manera en que nunca a mí podrías entregarte... Tal vez cuando mueras entonces, al fin, pueda cumplir tan voluptuosas pretensiones.

Si te tuviera a ti, podría, con toda la felicidad humana asequible, destruir sádicamente este mundo y a sus infames habitantes. Si pudiera recuperar el aliento de vida que impregnaba tu cuerpo ahora descompuesto, tendría la

voluntad de acabar con este error de proporciones megalíticas llamado humano.

El amante homicida toca de nuevo las campanas del fuego eterno, mismas que han de reducir al vacío este mundo pestilente de sentimientos muertos.

Si tuviera una oportunidad para decidir si debo besarte nuevamente en aquella tarde lluviosa, o si prefiriese no conocerte para evitarnos este tremendo sufrimiento, preferiría, en todo caso, correr el riesgo de repetir el mismo error con tal de saborear tu boca sabor a vida eterna.

Debería implementarse un tratamiento mental que pudiera hacerme olvidar todo lo que tú y yo hicimos cuando nos perdimos en la lujuria y la oscuridad.

¿Qué es este extraño pensamiento? No sabía que enamorarse podía ser así de desesperante, así de desgastante y desgarrador... Lo que quiero entender es porque eres tú quien ocasiona tales sensaciones en mí, si desde un principio había prometido no amarte ni involucrarme contigo puesto que ya perteneces a alguien más.

Sería injusto decir que no siento nada por ti, que tu mirada no embriaga mi alma y que tus labios, al moverse con esa inefable dulzura, no conquistan una y otra vez la pasión de mi corazón. Pero sé que esto no es bueno, que no es adecuado que te busque, te piense y te imagine en tan comprometidas situaciones, envueltos en los pétalos del amor que ambos hemos propiciado.

Debo alejarme de ti para no corromper la unión sagrada que, aunque marchita y despreciada por ti, te ha atado a otro querer.

VI

Cuando pruebo tus labios siento que me te amo, pero cuando me percato de que somos solo dos miserables humanos, entiendo que nuestro amor es solo un capricho inalcanzable y desproporcionado.

A cada paso aumenta el disgusto de permanecer vivo, de soportar los días de esta miseria infinita donde estoy preso, de tolerar a las bestias de la inmundicia que suelen llamarse humanos.

El primer paso para que una persona se percate de la inmundicia en la que ha vivido y del control tan asqueroso del que presa ha sido es la inevitable idea de querer asesinar a su familia.

Me es imposible sentir compasión hacia una criatura como el ser humano, puesto que su simple naturaleza me incita a desear su aniquilación.

Exterminar a la propia sangre de la que una persona ha sido engendrada representa la evolución en la existencia más falaz que existe.

Solo fue sexo lo que aconteció esa noche donde nuestros corazones palpitaron con extremo vigor y nuestros cuerpos se derritieron con tan sofocante emanación de calor. Y, sin embargo, puedo decir que deseé de ti algo más que tu boca y tu cuerpo, pues ahora sé que fue tu alma la que inquietó mis sentimientos.

Trastornado, salí de mi habitación para entrar en aquel lugar de mala muerte y ahogarme con alcohol, pues esa era la única manera posible de soportar este dolor. Tú te habías ido, y yo no soportaba más la soledad que un día amé, porque, ahora lo sé, tú acostumbraste a mi corazón, otrora adusto y sombrío, a extrañarte con sempiterno brío.

Te podría cuidar por la eternidad, pero solo terminaríamos mucho más rotos de lo que ya estamos en esta fantasía supuesta como vida.

Los humanos temen convertirse en aquello que más detestan en otros, pero no se percatan de que esa es su verdadera naturaleza.

No morirá esta pasión morbosa que siento por ti; o, al menos, me aferraré a ella con todo mi ser, aun si para ello tu vida debo extinguir.

Y aunque ya no eras parte de este mundo, el placer que me proporcionaba hacerte mía era tan real como lo fue nuestro amor.

Podrá morir todo lo humano que hemos compartido, todo el tiempo en el cual nos hemos permitido ser adyacentes, pero no morirá el suave melifluido con el cual encantaste hasta el último resquicio de mi mente.

No me equivoqué cuando desafié todas las normas absurdas que se me han impuesto como humano cuando te besé y compartí contigo un pedazo de ese infierno donde estamos destinados a amarnos y no pertenecemos.

Era insoportable tenerte tan cerca y no poder hacer algo más que devorarte en mi mente, pues el fuego que consume mi alma reclama tu cuerpo en mi cama y

tu magia poseyendo mi alma.

No sé si me atreva a confesarte los sentimientos que me torturan y me mantienen agonizando en esta jaula, pues en verdad estoy ansioso por tomarte, besarte y hacerte cualquier cosa con tal de capturar tu etérea esencia.

La infidelidad y el enamoramiento tienen el mismo efecto en la mente: ambas cosas convierten a su recipiente en un demente.

El verdadero éxtasis del placer solamente puede obtenerse mediante los actos más violentos, repugnantes e inmorales, y por eso a los humanos se les controla con insulsas reglas de conducta, para no permitirles el absoluto regocijo del espíritu.

Quien se niegue a aceptar su verdadera naturaleza como humano estará cometiendo un crimen mayor que la violación o el asesinato.

Destruirse a sí mismo es la clave para obtener la espiritualidad que por tanto tiempo se ha buscado en la construcción de inverosímiles doctrinas y creencias.

Y cuando se suicidaron juntos después de haber hecho el amor comprendieron lo que era conocer a dios.

Quedé prendado de algo que no podía explicar, pero que solo a tu lado podía experimentar. No creo que fuese amor, quizá solo un excéntrico deseo de poseer tu forma física hasta desenvolver el alter ego que desoló mi corazón.

Siempre que estoy aburrido comienzo a vivir en mi mente todos los deseos que en el exterior me sería imposible realizar, tales como matar a mi familia, convertirme en una bestia de depravación sexual o convencerme de que yo soy dios.

No es infiel aquel que lo hace sin realmente desearlo, sino el que lo desea, aunque no lo haga. El deseo es siempre más sucio y nauseabundo que la acción misma, porque está encubierto con la mentira y la hipocresía que tan fervientemente ha aceptado la humanidad.

Si la infidelidad ha de ser un pecado, entonces el hecho de existir siendo humano es el principal defecto que se pudo haber creado.

Los humanos son seres ante los cuáles no tengo ninguna otra opción que despreciarlos y exterminarlos por su propia salvación.

Me sentía contaminado por la extenuante bomba de estupidez y vileza que era disparada desde el exterior, pero miré de frente mi interior una sola vez y descubrí que el verdadero monstruo era yo.

No es conveniente mezclar los sentimientos con la razón, puesto que el resultado será un vómito que no digerirá ni la cabeza ni el corazón.

No sé cuánto daño me ha hecho el mundo, pero sí sé cuánto daño me he hecho a mí mismo, y es más de lo que en vida podría soportar.

Enloquecí por completo cuando permití que fluyera mi verdadero yo, pero fue más siniestro y atroz de lo que esperaba, pues acabó con todos aquellos a

quienes amaba.

Si alguien se suicida porque ha alcanzado una comprensión suprema de lo que es la verdad, entonces al matarse se convierte en dios.

Y es que después de cada minúscula sensación de felicidad llegaba la sombra de la desilusión para opacar mi escueto deleite. Así era la vida, un constante torbellino donde abundaba la tragedia y el dolor, el absurdo devenir de una fantasía llamada tiempo que a todos enloquecía, la pantomima de una criatura que nunca dilucidaría el sentido de la existencia.

Me intriga cuánto puede engañarse a sí mismo el ser humano pretendiendo no ser un esclavo de sus impulsos y obsesiones, siendo que éstas mismas son precisamente aquello que le mantiene con vida.

Por fin se rebeló la verdadera naturaleza del humano, y era algo tan espantoso y funesto que ni siquiera la muerte bastaría para purificar tal homicidio.

VII

El que tolera una infidelidad está más allá del amor y la humanidad.

No me sorprende que los seres humanos intenten tan desesperadamente creer en entelequias como dios y el amor, puesto que resulta así mucho más soportable la idea de existir sin que verdaderamente haya un sentido.

Tantos pensamientos vagabundeando en mi cabeza, tantos sentimientos congestionando mi corazón, tanto sin sentido absorbiendo mi esencia interior.

Si quieres hallar una manera en la cual tu vida pueda ser menos miserable, al menos por un instante, y aunque se trate de una argucia, lo mejor es enamorarse.

Soñé con tu boca, y al despertar supe que podría cambiar toda mi vida, mi familia y mi existencia absurda con tal de enloquecer a tu lado.

Te vi caminando, ebria y melancólica, y entonces me gustaste. No podría decir si me enamoré de ti como un demente, si aquel colapso sepulcral en el que sumergiste mi espíritu era la inequívoca prueba de que nuestro destino sería besarnos y matarnos juntos.

El lobo solitario se pierde en las penumbras de un anochecer melodramático, buscando placeres entre piernas fáciles y rostros afligidos. Será una noche más de sensualidad desbordada, de ínfimo deleite orgiástico y de sentimientos desgarrados. Al fin y al cabo, cuando todo finalice, volverá nuevamente la soledad y la tristeza a ocupar su posición original en el maltratado centro del amor.

Mi curiosidad fue inquebrantable, y me condujo hacia una búsqueda sin sentido, donde descubrí que yo, pese a todo, había sido mi propio asesino.

El peor enemigo de la verdad no es la mentira, sino la hipocresía.

Lo más hermoso de este mundo es también lo que reprimimos en nuestro interior, esos deseos sombríos que tanto negamos y a los que siempre terminamos por entregarnos cuando nos atrevemos a ser nosotros mismos.

Ciertamente, la existencia de una cosa tan execrable como el ser humano debería haber sido prohibida desde el comienzo, pero ahora ya nada se puede hacer sino esperar que la muerte venga y acabe con esta recalcitrante suciedad.

Eso era lo que me atormentaba... que sabía lo miserable y fútil que era mi existencia, lo intrascendente e ínfimo del tiempo que permanecería vivo en este ominoso lugar; y, sin embargo, me atrevía a cuestionarme el sentido de todo, especialmente de aquello que nunca dilucidaría.

Suicidarse era lo único que le quedaba a aquel poeta decepcionado de la vida, frustrado y asqueado por percibir constantemente el creciente grado de estupidez que imperaba en la sociedad, y con el cual los rebaños se sentían tan fascinantemente cómodos.

La agonía de existir nunca me había sido tan fehaciente como hoy, cuando me enteré de que el amor y la muerte son artificios de una ilusión inmanente.

El criminal era yo, pero aquella otra voz dentro de mi cabeza me susurraba lo contrario. Yo era, en todo caso, un salvador o un dios, y así lo creí, pues acabar con cualquier vida humana ya es un progreso en la purificación del orden universal.

El humano no es bueno ni malo, solo extremadamente influenciado por cualquier estupidez; esto eso, lo que sea que escuche, vea o perciba como ligeramente cierto, lo creará como un axioma.

Necesité de muy poco tiempo para entender que los seres a mi alrededor, aquellos humanos cuyos máximos placeres eran sexo y dinero, jamás comprenderían ni un ápice de la verdad, pues habían sido adoctrinados de manera extraordinaria para amar lo más banal y deplorable de esta supuesta realidad.

Los enigmáticos caminos hacia tu corazón son los que más disfruto, pues, aunque me hieren espiritualmente, y aunque sé que al final no serán mis labios los que te consuelen, al menos me inspira tenerte unas cuántas noches antes de mi muerte.

El poder no vale nada en un mundo donde todo es absurdo, tal como el que el humano ha creído como real en su languidez espiritual.

Te quiero a ti, pero sé que nada ni nadie podría privarme de la única cosa que creo poseer: mi muerte.

Y, cuando me suicide, seguramente serás tú quien merezca mi último suspiro.

¿Qué significaba estar vivo? Algo que hasta ahora no conocía, y que, solo estando muerto, acaso, discerniría. Sin embargo, la incertidumbre retorció mi razón y laceraba mi marchitado corazón. Jamás quise que esto se saliera de control, pero ese otro yo fue el responsable de inducirme la idea de suicidarme para apaciguar este impertérrito dolor.

El ser humano es tan miserable que asume un sentido a su existencia y se percibe como la culminación de la evolución, como el merecedor de todos los placeres posibles y el amo de un planeta del cual ha hecho su propio infierno.

Sin embargo, la cruda realidad es exactamente lo que la humanidad se empeña en no vislumbrar, y es que, con un alto grado de probabilidad, esta raza de humanos no es sino un pésimo error, un absurdo que se debe erradicar para preservar el bienestar de la naturaleza y su beldad.

He llegado al punto en el cual no me interesa lo bueno y lo malo, ni tampoco lo que acontezca con la humanidad o la existencia, pues lo único que sé es que no me interesa permanecer más tiempo en este mundo.

Precisamente porque me odio a mí mismo tengo cierta noción de lo repugnante que puede llegar a ser el humano.

Siento infinita lástima hacia aquellos humanos quienes aún conservan una pizca de esperanza, son tan ciegos como para no atisbar que todo en este mundo está destinado a la putrefacción, y que mientras exista el ser humano, nada será bueno ni magnánimo.

Acaso quería suicidarse por las razones más sublimes... porque se había percatado de sus limitaciones como humano, de aquella barrera que, por más que intentase, nunca le permitiría ir más allá de sus mundanas posibilidades. Entonces decidió que prefería quitarse la vida a continuar torturándose en una existencia sin sentido donde su sufrimiento nunca cesaría y donde los humanos por siempre le asquearían.

Nada más endeble que las teorías e ideologías humanas, tan insuficientes como desesperadas en el fútil e intrascendente intento por justificar la patética existencia de un experimento fallido como lo es el humano.

Supe que quería suicidarme cuando agoté, demasiado pronto, todas mis posibilidades como humano. Lo que más me fastidiaba era soportar una existencia sin sentido en un mundo asqueroso y regido por el dinero, donde las personas lo único que merecían era ser exterminadas. Mas como esto último no era posible, entonces debía ser yo quien desapareciera para siempre de esta pesadilla en la cual fui encarcelado.

Y aunque la muerte fuera un enigma para mi miserable esencia humana, era una mucho mejor opción que permanecer en este mundo deplorable donde debía soportar diariamente toda la inmundicia y la estupidez de los humanos cuyo alimento no era otra cosa que sexo y dinero.

Cuando comprendí lo miserable que era vivir no dudé ni un instante en entregarme con absoluta delicia a las refinadas caricias del suicidio.

Si mi problema era requerir de un sentido para poder vivir, entonces la solución, según lo entendía, no era cegarme y continuar estúpidamente como lo hacían las personas de este abundante rebaño, sino liberarme de todo, especialmente de mí mismo.

VIII

Si realmente no querer vivir ni estar en este mundo es una enfermedad, entonces creo que es momento de degustar la única cura posible, la del suicidio sublime, la de acabar con este absurdo martirio para siempre.

Ya no me interesaba nada aquella repugnante noche, por lo cual decidí salir y llevar a cabo cualquier acción tachada de inmoral: me embriagué como un cerdo, me involucré con mujerzuelas, me envicié en los burdeles y en el juego, vomité y enloquecí.

Debía acabar conmigo a como diera lugar, poner fin a esta existencia absurda donde ya no toleraba mi humanidad. Solo una cosa me faltaba, la razón por la que hasta ahora no lo había logrado, pero cuando la noche menguaba y el sol apenas se asomaba, decidí, finalmente, que todo me daba igual, que este era el momento de entregarme a la muerte.

Un homicida suicida sería lo más cercano a un dios, pues no hay deseo más divino que querer acabar con la vida de los humanos absurdos y, a la vez, querer acabar con la propia. Esa clase de reflexión es la que podría elevar la condición humana a la perfección.

Este reflejo intelectual y a la vez delirante de algo que podría ser y no ser es quien me incita a matar y luego suicidarme, pero estoy seguro de que no puede estar del todo equivocado, pues gran parte de su pensamiento me ha deleitado.

El opíparo deseo del suicidio era lo que me permitía seguir vivo. Ser suicida fue el motivo de mi intrascendente existencia.

Más allá del sexo, quizá solo la estupidez y el miedo son los factores decisivos gracias a los cuáles los humanos permanecen juntos y mueren sin jamás amarse.

En este mundo no existen personas realmente hermosas y sublimes, pues ya se han suicidado antes de contaminarse con la miseria y la pestilencia de la

humanidad.

Tanto tiempo desperdiciado en comprenderlo, pero ahora que lo he hecho no tengo otro remedio que ejecutarlo, que matarme para liberarme del absurdo que me condena.

Temblando como un perro asustado me hallé desesperado y al borde de matarme cuando te miré entregándote a otro hombre, pero luego comprendí que esa era tu naturaleza; es más, que esa era la naturaleza de toda esta raza aciaga y abyecta de la cual no podía librarme.

Me empecino en creer que soy real, pero cada sensación me induce a pensar que no pertenezco aquí, que soy un poco más que este conjunto de ruindad manipulado por los intereses oscuros de aquellos quienes han implantado esta vomitiva sociedad.

Aunque se niegue, es muy seguro que dos personas solo están juntas para tener sexo y reproducir su nefanda semilla, pues esa podría ser, acaso y muy lamentablemente, la razón de la existencia en el modo más realista y anodino.

El depravado ya no encontraba ninguna clase de placer en las más ignominiosas perversiones, así que recurrió a formas más extrañas e intensas de aquietar sus pasiones más bestiales, y en ello radicaba la locura que le poseyó cuando a su familia y a su esposa liquidó y con sus restos unidos fornicó hasta el amanecer, momento en el que recurrió al suicidio para en un dios renacer.

Lo que no quería era vivir, precisamente porque detestaba todo y porque me sentía forzado a hacerlo. Además, el suicidio y el homicidio, lo único que

realmente me interesaba, estaban más allá de mi alcance, más allá de mi esencia humana y adoctrinada.

Por más que cavile no hallo la certidumbre definitiva para aceptar el sufrimiento que significa estar vivo, y, sobre todo, estarlo siendo humano.

La última instancia del ser y, por ende, el estado más divino en la consciencia tan limitada que posee la bestia mundana no puede ser otro que el suicidio.

Si intentásemos descifrar el motivo por el cual las personas viven no sería otro que la ignorancia y la estupidez, pues cada elucubración estaría encaminada a desnudar la irremediable verdad de que todo este mundo y sus habitantes solamente merecen la muerte.

Me gustaría más encontrar el estado que va más allá del bien y del mal que preocuparme por clasificar los actos de mi miserable humanidad, los cuáles solo están supeditados a las absurdas imposiciones de una sociedad decadente y nauseabunda.

Esperé a que la quietud reinara en mi ser para decidir si debía llevar a cabo aquella acción tan delirante y succulenta que desde hace tiempo consumía mis pensamientos.

La tragedia acaeció hoy por la noche, cuando desperté y me sentí fuera de mi cuerpo, pero experimentando también un placer tan exquisito como excitante.

Horadé en su habitación y tomé sus vidas, desprendiendo su carne de maneras inimaginablemente cruentas, embadurnando mi rostro con el fresco sabor de

su sangre y plasmando en mi alma los gritos, lamentos y espantos que profirieron mi esposa y mis hijas cuando reclamé su existencia miserable.

El dolor de un ser lacerado por su propia existencia era difícil de soportar, más aún que la agonía de haber aniquilado a su familia y de haber violado sus cadáveres. El homicida suicida escapaba de sí mismo mediante el alcohol y las drogas, pero ya ni siquiera las más excéntricas putas podían brindarle un suspiro

El problema de aquel poeta suicida que más tarde se convirtió en amante homicida era la enfermedad de un ser quien jamás se sintió atraído por los espejismos de la vida, pues para empezar ni siquiera deseaba tener una, mucho menos una tan miserable, tan intrascendente, tan humana.

La banalidad es el símbolo de la mayor porción de los humanos quienes se agrupan en pintorescos rebaños de ignorancia y estupidez. Por otra parte, la locura es el sendero de algunos cuántos avispados quienes deciden continuar existiendo a pesar de saber gran parte de la verdad.

Y, finalmente, tenemos el suicidio, cuya esencia no se puede explicar de otro modo sino como la purificación y la elevación sublime de quienes han alcanzado el estado más divino, uno inasequible en este mundo corrompido, y para el cual es menester matarse en cuanto se comprende que todo cuanto existe es absurdo.

Todo lo que se requiere es engañarse tan determinadamente como para no dudar de la existencia y no cuestionar la realidad, ni siquiera ante la poesía de la muerte.

Pobres humanos, todo lo que han creado en un sinsentido se ha tornado, todo lo que han creído no son sino desvaríos de seres sin espíritu, y todo lo que le resta es pudrirse en un vomitivo mundo hasta que el fin purifique su miserable destino.

Es incompensable que aún existan infinidad de prejuicios y supuestas normas morales que indiquen la manera adecuada de vivir en un sociedad, así como aquellos que resulta aceptable. La moral, tal como el amor, dios y tantas otras quimeras que el humano se han inventado para reprimir su verdadera naturaleza homicida, suicida y depravada no tiene realmente ningún propósito sino impedir la evolución.

Es inaudita la manera en que los hombres se considera superiores a las mujeres, cuando éstas últimas son la mezcolanza más perfecta e inefable de poesía, arte y música que pueda tocarse.

Y es que no tengo ninguna duda en absoluto: si alguien merece todas las adulaciones y los placeres humanamente posibles, ese ser majestuoso es la mujer. En contraste, el hombre, dominado por su bestialidad y su absurda pretensión de superioridad, no hace sino envilecerse y hundirse en la decadencia de sus vicios y su ignorante percepción.

Por decirlo así, las mujeres me parecen menos estúpidas que los hombres, pero un poco más desinteresadas en la búsqueda de la verdad.

Una mujer suicida es como la perfección llevada al extremo, más todavía si ha cometido algún homicidio o se ha aceptado en su naturaleza más sombría y perversa.

IX

La más divina forma de copulación es aquella protagonizada por dos mujeres, pues es casi tan pura que, al hacerlo, el encuentro de cuerpos hace que los espíritus también se rocen.

El falo del hombre, aunque poderoso e intrigante, no tiene comparación con la vagina de la mujer, pues ésta ha sido dotada con el más exquisito y misterioso emblema sexual, el cual proporciona placeres solo alcanzables mediante el homicidio o el suicidio.

No es que los hombres sean inferiores a las mujeres, es que naturalmente éstas vibran en de una manera más hermosa y peculiar que aquellos.

Tal vez solo estoy cansado de la humanidad, en especial de la mía. Y, en cierta medida, es justificable tal fastidio, pues se trata de la especie más repugnante que habita este triste planeta.

A veces no sé cómo llegué a este nivel de hartazgo, pero el simple hecho de mirar a las personas o de verme forzado a intercambiar algunas palabras me produce náuseas, quizá porque en el fondo me odio más de lo que odio a la humanidad y a este mundo.

Un ínfimo periodo de divina soledad bastó para convencerme de que el verdadero mal estaba en mi interior.

Ultrajado y humillado retornaba el espíritu tras haber deambulado en el mundo humano, casi al borde del suicidio, pues la decepción y el asco de poder ser real en aquella existencia pestilente le habían trastornado.

Sé que él, aunque mortal y terriblemente humano, puede al menos darte lo que yo, por más que intente, nunca conseguiré.

Qué satisfactorio y conmovedor fue haber estar enamorado, pues tuvo el mágico efecto de haberme hecho olvidar lo miserable que era vivir, para luego trastornarme y conducirme a la llave del cielo... el suicidio que ya no puedo evitar cometer.

Para ella aquel beso fue solo uno más, absolutamente comparable a cualquier otro, tan común y corriente como besarse con un extraño en una noche de ebriedad recalcitrante. Sin embargo, para él ese beso fue, hasta su muerte, el más sublime y divino susurro que el destino pudo haberle ofrecido, pues nunca más experimentó sensación análoga, jamás pudo amar ni sentir por alguien más lo que ella plasmó en su corazón.

El amor me había conducido hacia tu misteriosa boca, misma que enloquecía las más refulgentes supernovas en mi alma, pero, por más que me resistiera, sabía que el suicidio era mi destino.

Lo mejor sería nunca enamorarse de nadie, ni tampoco engañarse con esa patraña del supuesto amor, pues ambas cosas terminan por pudrir el enigma que en un comienzo originó el choque de emociones y el dulce sabor del intercambio de corazones.

Ojalá sacarte de mí fuera tan sencillo como el modo tan inexplicablemente

fácil en que te apoderaste de mi ser, en que te convertiste en el oráculo de todas mis alegrías y en el poema cuya magnificencia aún intento dilucidar.

Una de las mejores obras que podemos emprender es rechazar con fiereza todo lo que desde pequeños nos es inculcado por nuestras familias y lo que en las escuelas nos es mostrado como aprobado por la sociedad.

Si se quiere hacer un cambio verdadero en el mundo no basta con cortar los hilos de los títeres, se debe eliminar a sus controladores.

Quizá sea mejor morir separados, porque morir juntos ya es común en este mundo tan ahído de dudosas creencias y falsas percepciones.

Todas las personas opinan, todas creen tener la razón, todas juzgan y argumentan, y eso es gracias a que existe la libertad de expresión; y también gracias a eso es que podemos apreciar detalladamente la inmarcesible estupidez humana en todo su esplendor, y su constante aumento en la misma proporción con que nos reproducimos.

El humano se conforma siendo ignorantemente feliz, sin jamás dudar acerca del sentido de todo cuando ante sus cegados ojos pasa; así, empero, es como ha perdurado esta anodina civilización alimentada por la hipocresía y la mentira.

Ese día al fin entendí que nada importaba, que esta existencia era una mentira y la humanidad una estupidez sin parangón.

Cuando las personas creen haber hallado la felicidad es porque en realidad

solo se han abandonado a los deseos que seres manipuladores de la existencia e implantadores de la pseudorealidad han inculcado en ellos para obnubilar momentáneamente la gran verdad: que la existencia carece de todo sentido.

Quizá solo fuimos un placebo, solo una medicina temporal para hacer la vida más llevadera, para falsear el sentido de la existencia, el cual evidentemente no existe.

Nadie se da cuenta de la verdad, porque la supuesta verdad que se muestra ante los ojos comunes es la más grande mentira.

Que se acabe el mundo ahora mismo, antes de que el absurdo que en él impera nos acabe a todos.

Pobres de los humanos, tan adoctrinados y envilecidos están sus corazones que han hecho de este mundo un basurero y de esta existencia un sinsentido.

El mundo es un fúnebre espectáculo de aburrimiento, la vida un pésimo accidente, la existencia un intento fallido de realidad y la muerte la sublime salvación.

No buscamos dinero o placeres mundanos, y aquello por lo que luchamos requiere un mayor ímpetu, pero eso es también el máximo pecado en el mundo que habitamos.

Solo fui la puerta sagrada que se abrió ante tu alma; tú ya no eres el humano que entró, ahora te veo salir y eres otro, pero te sirvió.

Incluso todo parece un sueño, pero entonces qué es la vida sino eso precisamente.

Existir era un lúgubre accidente, no hacerlo era la suprema utopía.

El entretenimiento, la televisión, la política, las religiones y demás imprecaciones han creado una falsa identidad y un simbolismo vulgar con el cual, por desgracia, las personas sienten una cálida simpatía.

Cuando se perciben cosas más allá de esta falsa realidad, lo que has sido hasta ahora se distorsiona y te pierdes tratando de encontrar quién o qué eres en verdad.

No se deben temer las caricias de la soledad, se debe estar preocupado por el abrazo de esta inútil y pútrida humanidad.

No es trivial ser uno mismo, pero es mucho más complejo no ser uno más.

X

El único problema con la vida es realmente el que las personas crean que está hecha para vivirse.

No asimilaba pertenecer a tal realidad sacrílega plagada de humanos absurdos; mi espíritu renegaba en todo momento suplicando por la auténtica paz y la

verdad inmarcesible; no obstante, solo quedaba sino la muerte para consolarme ante tales subterfugios de vida.

La justicia solo se haya en la incertidumbre perteneciente al sendero de la muerte y, tal vez, en la rebelión personal que conlleva a la locura. Ambas formas de desaparecer son válidas en la pestilente actualidad y decadencia del ser.

Si no se está dispuesto a sacrificarlo todo en nombre de un sueño, no se trata de un sueño realmente, sino solo de una frágil ilusión, tal como la existencia humana.

Eres toda la luz que puede emanar de este absurdo, nunca dejes que se extinga el fuego de tu espíritu ante la miseria de los humanos.

Que se desvanezca todo el mundo, que se joda exquisitamente la existencia, que yo me desvanezca entre el delirio de mi mente y el revoloteo de mi alma, partiendo hacia el desierto helado de los suicidas, hacia una eternidad incierta y menos corrompida.

El florecimiento del amor surge de la nada, es lo único que no tiene un origen y sí un fin.

El mayor engaño del execrable humano consiste en creer que la existencia tiene algún fin cuando no sabemos siquiera el principio de esta.

La belleza en el cuerpo, pesa a su superficialidad, también envuelve a la mente y subyuga al espíritu.

Incluso en el absurdo de mi existencia, he encontrado una reconfortante elegancia que nada en este mundo podría comprar.

Tan triste es la existencia de una humanidad como la nuestra, que día con día encuentro una razón más para no seguir en ella.

La intuición le susurraba secretos desde los confines del alma, la muerte le fue obsequiada desde la percepción más elevada de su mente.

En mí he encontrado una especie de locura diferente, una que sé me podría llevar a la muerte.

Si algo he de temer es morir, y que sea cierta la reencarnación; me disgustaría volver a esta blasfema existencia como un ser más absurdo de lo que ahora soy.

Los relojes avanzan cada vez más rápido mientras continúo aferrándome, estúpidamente, a este sinsentido de quiméricas sensaciones.

Su simple comportamiento me refleja todo lo que son: personas totalmente moldeadas, con falsas concepciones sobre la ciencia, la religión, el arte y la moral; con una absoluta falta de sentido común y de sensatez, preñados de banalidad y adoración por lo asqueroso, bañados y adornados con una infinita estupidez que no dudan en resaltar; con sueños en su mayoría absurdos e impuestos por la pseudorealidad y, en resumen, con una visión tan limitada de las cosas.

Tan patéticamente caminaban sin rumbo en sus putrefactos cascarones que, sin duda alguna, son reconocidos como seres inferiores con anhelos mundanos... ese es el reflejo del putrefacto elemento humano.

No entiendo cómo puede llamarse intelectuales a los humanos, es solo una forma superflua de enaltecer un inexistente intelecto.

Todo es una gran mentira, es como estar atrapado en un montón de desperdicio. Sin embargo, pese a ello, las personas se sumergen cada vez más en él, y cuando les es mostrada la suciedad en la que han horadado, se regocijan de estar en tal condición sacrílega.

Al mirar el funesto espectáculo y despliegue de aborrecibles e ignominiosos actos cometidos diariamente por los humanos pude menos que pensar en la inexactitud, la indiferencia e inutilidad del mayor y más quimérico invento de tan precaria raza en una absoluta decadencia.

Solía creer que ya no existía en el mundo algo de lo cual sorprenderme, empero, estaba equivocado. Ahora sé que existe ese algo con lo cual asombrarme en cualquier lugar y tiempo, lo único que debo hacer para atisbarlo es prestar un poco de atención a las personas y su irreparable e inagotable estupidez.

Pasaba que, cuanto más lejos y con mayor fuerza trataba de alejarme del vacío mundo humano, siempre volvía a ese absurdo insostenible, pero más cansado y exhausto de vivir en tan banal infierno disfrazado de cielo.

La mayor contradicción que encuentro en mi vida es haber nacido tan solo para vivir anhelando la muerte.

Si hay algo de lo que debamos siempre sorprendernos es, sin duda, la velocidad con que la estupidez se hace latente conforme más se conoce a una persona. Es bueno, entonces, considerar de antemano que toda criatura humana es naturalmente estúpida.

Mi ser se desprende en los epitafios de los auténticos poetas que escribieron en los muros de la verdad las sentencias solo reveladas a los humanos sublimes.

Quisiera detenerlo todo y fundirme con los momentos que jamás serán, pues sé que la muerte será la llave que abrirá la puerta donde modificaré mi destino.

El talento y la imaginación van en constante apego con la desgracia y la tristeza, como si estos últimos fueran los amantes insensatos de aquellos primeros.

En los largos periodos de soledad que ahogaban mi alma, y en la tristeza que ahorcaba mi pensar, hallé un mundo maravilloso y una inspiración inefable, un tesoro que me había sido arrebatado por el ruido y la enfermedad que imperaba en la sociedad, por la pseudorealidad que había arrebatado a las almas su beldad.

Suspendido sin sentido en el abismo de infinitos universos vacíos, me pregunto si algún día estaré contigo por alguna razón, en un lugar donde no importe ni el amor ni el dolor del corazón.

Se me había inculcado apreciar la vida, pero yo estaba asqueado de existir en esta miseria humana, pues hacía bastante tiempo que ni siquiera me consideraba parte de esos mendigos llamados vivos.

Lo único grave es atisbar cómo los humanos mismos se desprendían de los residuos de esencia sublime para cubrirse con la blasfemia terrenal, condición que imperaba en su ser hasta la muerte.

La mayoría de las personas tienen sueños y deseos, lamentablemente absurdos; y los de aquellos que no son descritos por la palabra anteriormente mencionada son llamadas locuras.

Todos queremos un mundo diferente, uno casi perfecto; sin embargo, nadie se cuestiona si realmente merece vivir en ese mundo.

XI

Los humanos son la peor miseria de la existencia, su absurda creación ha ofendido la divinidad del espíritu supremo.

No encuentro aquello que tanto busco, y quizás es porque busco algo sin sentido: la verdad en un mundo corrompido por la mentira, sostenido por la pseudorealidad y destinado a la putrefacción de los miserables humanos y su patética estirpe.

Era todo lo que podía hacer para sentirme menos muerto: crear mis propias ideas y luego obsesionarme con ellas.

Las personas comunes están felices con la vida tal como es: viven fácil y estúpidamente. Aquellos pocos realmente diferentes son quienes en cada despertar encuentran una razón para suicidarse y hacer de sus pensamientos un tormento.

El amor, la existencia y los sentimientos tornan las almas en débiles títeres; por eso los humanos están destinados a la extinción, por eso nunca conseguirán transmutar su mísera naturaleza en la de una sempiterna deidad.

No me considero un poeta, solamente un aprendiz de una magia más elevada que el arte y la muerte.

Un ser de radiante fulgor susurraba a los moribundos terrenales que, definitivamente, se podía sobrevivir en esta realidad, solo se necesita el engaño adecuado.

Todo muere, esa es la justicia divina en contra del humano, la que no se puede comprar con nada.

Este mundo en verdad es un sufrimiento agudo; aquellos que creen ser felices solo son los que gozan de su acondicionamiento.

La vida es esencialmente triste desde que la supuesta felicidad está supeditada al falso dios.

La tristeza..., aunque suene contradictorio, en realidad es un sentimiento muy puro, quizá más que el supuesto amor. Yo puedo percibir belleza e infinitud de virtudes en la tristeza, mucho más reconfortantes que la falsa felicidad que los

humanos creen poseer.

No logro entender las sensaciones de la existencia, las odio y las aprecio. Quisiera ser solo el personaje de una novela y existir atrapado en cierto universo, aunque en este mundo de apariencias quizá ya lo soy. Quisiera tanto ver aquello que ha sido negado para los humanos y no morir con el último sonido del melifluo cósmico.

No necesito ver tu viva imagen cuando he conservado tu espíritu y tu esencia en donde ni toda la miseria del mundo podría tocarla. Te he conservado dentro de lo que jamás podrá ser contaminado.

El dolor, aunque ilusorio, es mucho mejor aliado que la comodidad, los placeres y los vicios; un buen amigo para menguar la soberanía de la pseudorealidad y sus artificios.

Este mundo está enfocado a neutralizar y eliminar aquello que aún resta de valioso en los humanos.

Vivir tan banalmente no es diferente a ser como las personas que pudren el mundo.

Quisiera ahora mismo poder hacer realidad lo que no va más allá un sueño enfermo.

Y no parece que algo valga la pena en este mundo, sino tan solo el sobrevivir a la miseria y a la desolación de una existencia sin razón.

Estoy agotado, me siento tan absorbido por todo que ya no me encuentro a mí mismo, porque entre más lo odie, más soy parte de este miserable mundo. Cada día es más difícil, y estoy más acondicionado a ser solo un esclavo, desprovisto de todo cuanto pudiese ser valioso.

No me importa si estoy maldito el resto de mis días, siempre y cuando no sea parte de esta realidad ficticia.

Cuando me planteaba el sentido de esta existencia no podía hacer otra cosa que ahogarme en inútiles elucubraciones, pues sin importar cuánto lo intentase, nada podía hallar que resultase mínimamente convincente. Era evidente, entonces, que no existía tal sentido, y que aquello a lo que las personas se aferran tan asquerosamente no era sino una vil mentira que entendían como vida.

En realidad, nunca se tiene nada que perder desde que nada tiene nunca sentido y toda la existencia y la vida humana son solo un craso error y una trágica e irrelevante argucia.

Y aunque existiera un sentido, el hecho de que en el actual estado de evolución el humano sea incapaz de entenderlo o hallarlo hace de esta existencia un sinsentido. Pues no poder percibir algo que posiblemente existe es lo mismo que si ese algo no existiese.

Tan ridículas son las teorías humanas acerca del sentido de la existencia que no podría hacer otra cosa sino desternillarme.

Es gracioso como casi todas parten de que existe un sentido, e incluso aquellas que lo niegan terminan por utilizar esta base en el fondo. Y si bien es cierto

que no se puede comprobar que no haya tal sentido, no veo por qué se tiene que inclinar la balanza tan contundentemente hacia un sí.

Me parece más bien que es el delirio del humano el que le lleva a tales razonamientos, y le hace creer, torpemente que, de antemano, antes de reflexionar acerca de la existencia, tiene derecho absoluto de existir.

Cansancio, decepción, aburrimiento, fastidio y hartazgo... Son algunas de las sensaciones que diariamente impregnan mi ser. Pero ¿qué hacer? No encuentro la manera de engañarme de nuevo y fingir que me agrada un poco esta miserable existencia. No puedo solo sonreír y fingir que este mundo me interesa y que quiero hacer una vida en él.

No, definitivamente ya no se puede. Pero creo que es mejor así, creo que soportar el sufrimiento y la agonía de existir serán desde ahora mis únicas preocupaciones, al menos hasta que tenga el valor de incrustar una bala en mi cabeza.

Se nos enseña comúnmente que hay que amar la vida y al mundo, pero nunca se nos dice lo repugnante y trivial de dichos comportamientos. Paralelo a las patéticas enseñanzas que nos dan nuestros padres y maestros, debería de enseñarse también la belleza y la divinidad que existe en el suicidio y la misantropía.

El rechazo de la existencia, el mundo y la humanidad es algo tan sublime y bonito que muy pocos locos tiene el gusto de disfrutar. La mayoría simplemente acepta lo que otros han establecido para preservar esta corrompida realidad.

Solía creer que el sistema infectaba la mente de las personas desde su nacimiento, pero a veces ya no estoy tan seguro de que eso sea la causa de toda esta estupidez que se conoce como sociedad. Probablemente sí lo haga, tal vez este sistema sí influya en cierto modo, pero es indudable que los humanos saben a la perfección como ser cada vez más imbéciles.

Pienso que incluso si todo se purificase y si el mundo comenzase de nuevo de la mejor manera posible, aun así, todo volvería a caer en esta deplorable decadencia, y la existencia de la humanidad volvería a ser tan miserable como lo es ahora.

La única verdad de este mundo es la muerte, y, tal vez, ni siquiera pertenezca a él. Me pregunto, siendo así, hasta cuándo dejarán los humanos de engañarse, de reproducirse absurdamente y de continuar con esta triste y enfermiza miseria.